

palabras que no cesaba de dirigirle Santa Catalina de Sena. No es que ella fuera causa de la resolución de Gregorio XI de volver á Roma; pero sí contribuyó esencialísimamente á la ejecución de este plan (1). Sus ruegos, sus advertencias y sus amenazas, comunicaron al Papa la fuerza y el ánimo de emprender, sin hacer caso de todos los obstáculos, aquella grande obra; y por causa de esta cooperación de Catalina para libertar al Pontificado de manos del monarca francés, y restituirlo á su residencia providencial, fué más adelante la bendita virgen de Sena nombrada patrona de la ciudad de Roma.

A 13 de Septiembre de 1376 salió Gregorio XI de Aviñón, dirigiéndose por Marsella hacia Génova. Aquí tuvo que contrarrestar de nuevo Catalina las tentativas que se hicieron para inclinar al Papa á retroceder. Fuertes temporales estorbaban la navegación hacia Italia, á consecuencia de los cuales no se pudo llegar á Corneto hasta el 5 de Diciembre. Todos los habitantes de aquella antiquísima ciudad etrusca salieron al encuentro del Papa cuando desembarcaba, con ramos de olivo en las manos y cantando el *Te Deum* (2); Gregorio XI permaneció allí cinco semanas, principalmente á causa de las negociaciones entabladas con los habitantes de la Ciudad eterna, á los cuales Florencia no cesaba de excitar á la rebelión (3). Pero el instinto práctico de los romanos prefirió, no obstante, entenderse con los plenipotenciarios del Papa. A 21 de Diciembre de 1376 se concluyó un tratado sobre el ejercicio de la autoridad en Roma, el cual permitió al Pontífice pensar ya en dirigirse á la Ciudad, como lo hizo á 13 de Enero

(1) Cf. Gebhart, *Moines et Papes* 56. Mirot 92 ss. 100 ss. Mignaty, *Cat. de Siena e la parte ch'ebbe negli avvenimenti d'Italia del sec. XIV* (Firenze 1894).

(2) El viaje del Papa lo refiere Petrus Amelius en un poema muy malo y muchas veces reimpresso. (Muratori III, 2, 690—704. Ciaconius II, 576—585. Duchesne, *Card. Franç.* II, 437 ss. Bzovius ad a. 1376 n. 31 sq.) Cf. A. Peruzzi, *Storia d'Ancona* (Pesaro 1835) II, 102; Herquet 63 ss.; Scholz 20 ss. 23 ss.; *Archiv. f. Litt. und Kirchengesch. des Mittelalters* VII, 326 ss.; Livi, *Il ricevimento di Gregorio XI in Livorno* en *Miscell. Livornese* 1897; Kirsch, *Die Rückkehr* xx ss. 169 s. 195 s. Mirot 156 ss. 177 s., y la carta de Cristóbal de Piacenza, de 13. Dez. 1376 (*Archivo Gonzaga de Mantua* E. XXV, 3, fasc. 1).

(3) Así todavía á 25 de Diciembre 1376; cf. *Salutatus*, *Epist.* I, 58—59. Era un peligro el que no se hubiera trasladado desde luego toda la administración á Roma, y quedara Aviñón todavía como oficina central para una parte de las rentas de la Cámara apostólica; cf. Kirsch xxv.

de 1377. El 14 de Enero desembarcó Gregorio XI en Ostia, y navegó por el Tíber hasta San Pablo, desde donde, á 17 de Enero, acompañado de una brillante comitiva, verificó su entrada en la ciudad de San Pedro (1).

El regreso del Papa desde su funesto destierro en Francia, determinó un cambio, no sólo en la historia de la Ciudad eterna, sino en la de la misma Iglesia. Un francés había sido, quien había roto las cadenas que, para daño de la Cristiandad, habían sujetado estrechamente el Pontificado á los soberanos de Francia. El Jefe supremo de la Iglesia había recobrado su libertad é independencia, con alegría de todos los buenos; pero la misma Roma mostró muy poca correspondencia á su legítimo Señor, el cual empezó desde luego á ocuparse en la restauración de la Ciudad decadente (2). La anarquía había echado tan profundas raíces, que no fué difícil á los florentinos turbar de nuevo y exasperar los ánimos de los romanos; y apenas había Gregorio ocupado el Vaticano, cuando comenzó otra vez la contienda sobre los límites de su poder en la Ciudad (3). Todavía fueron más dolorosas las impresiones que hicieron en el benévolo Pontífice, las circunstancias generales de los Estados de la Iglesia. Había — como escribió él mismo á los florentinos — (4) abandonado su hermoso país y un pueblo agradecido y al propio tiempo adicto á la Iglesia, y otras muchas cosas agradables; y á pesar de la contradicción de reyes, príncipes y de muchos cardenales, entre grandes peligros y fatigas y con gastos considerables, se había decidido á regresar á Italia, con el firme propósito de reparar todas las faltas que hubieran cometido sus empleados; estaba dispuesto, por amor á la paz, hasta á admitir condiciones menos honrosas, con tal que con ellas pudiera restablecerse la tranquilidad en Italia. Mas ahora veía con profundo dolor, que no se cumplían las esperanzas que había colocado en su personal presencia en Italia; y el mejoramiento de las cosas, que esperaban, no sólo el Papa, sino otras

(1) El Papa eligió la vía marítima, porque la terrestre era poco segura. *Cronichette antiche* 210.

(2) V. Müntz im *Arch. st. dell'Arte* IV, 128 ss.

(3) Reumont II, 1005 s.

(4) Escrito de 15 de Julio de 1377 (Apéndice n.º 6) en el *Archivo nacional de Florencia*. Del mismo modo se expresa Gregorio XI en un escrito al obispo de Urbino, fechado á 21 Enero de 1378 en Roma. Copia en el Cod. 915 f. 391—394 de la *Biblioteca Méjanes en Aquisgrán*.

muchas personas prudentes entre sus contemporáneos (1), no parecía mostrarse por ningún lado. La rebelión había alcanzado tan enormes proporciones, y el odio contra el señorío de la Iglesia se había confundido de tal suerte con el sentimiento de patriótica independencia, que los males eran al parecer incurables. A esto se agregó un terrible accidente, que vino á aumentar considerablemente la mala disposición respecto al Papa; es á saber; la matanza de Cesena (Febrero de 1377) ordenada por el Cardenal de Ginebra. Nadie se alegró más de aquella carnicería, que los florentinos; los cuales, en esta ocasión, no sólo se dirigieron á sus aliados y á los romanos, que siempre diferían su adhesión á la liga, sino aun á muchos reyes y príncipes de la Cristiandad (2). Pintando con los más negros colores las crueldades cometidas en Cesena, procuraban justificar su conducta y hacer las cosas del Papa todavía más odiosas de lo que ya eran.

En Italia fué tan grande el terror causado por la matanza de Cesena, que Sena y Pisa se aproximaron al Papa, y Bolonia ajustó con él una tregua (3); pero á estos resultados exteriores correspondía un interior alejamiento, producido por la aversión que aquel hecho espantoso despertaba en Italia por todas partes. Cuán allá se llegara en este sentido, muéstralo un pasaje de la Crónica de Bolonia, según el cual, el pueblo, en vista de aquellas crueldades, no quería ya creer ni en los cardenales ni en el Papa (4). Por el mismo tiempo, compuso el poeta florentino Franco Sacchetti una canción contra Gregorio XI, en la cual atacaba

(1) Por ej. al enviado mantuano Cristóbal de Piacenza; cf. el escrito de éste de 13 de Dbre. de 1376 en el *Archivo Gonzaga de Mantua* y en otros lugares.

(2) Gherardi V, 2, 105—106; VIII, 1, 280, 283. He visto una copia del escrito á los romanos, junto con la respuesta de éstos, fecha 17 Abril 1377 en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Todos los historiadores contemporáneos describen más ó menos exactamente la matanza de Cesena y la censuran gravemente (Cf. Valois, *La France* I, 81). También el arzobispo de Praga Juan de Jenzenstein, en su «Liber de consideratione», se dispara con las más duras expresiones contra el enorme crimen que cometió en Cesena el cardenal de Ginebra: «Sed quod horrendum est auditu et lamentabile dictu universos civitatis huius habitatores et incolas feritate sua crudeliter interemit.» Cod. Vatic. 1122 s. 45^b. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Mirot in *Bibl. de l'École des Chartes* (1898) LIX, 268.

(4) *Cronica di Bologna* 510.

al Papa como destruidor del mundo (*Papa Guastamondo*), con las más duras expresiones (1).

Gregorio XI, que padecía no poco bajo la impresión de tales acaecimientos y por el desacostumbrado clima de Italia, abandonó á fines de Mayo la tumultuosa Roma y se dirigió á Anagni, donde permaneció hasta entrado Noviembre; pero en medio de la creciente perturbación de las cosas y del agotamiento cada día más sensible de los recursos pecuniarios (2), no perdía el Papa el ánimo; pues sabía bien á qué cambios está expuesta la fortuna de la guerra, y tenía firme confianza en la justicia de su causa (3). También, por efecto de su sabia política, que premiaba copiosamente á los fieles, castigaba con dureza á los irreconciliables, y perdonaba con facilidad á los arrepentidos, se fué marcando un cambio en su favor (4); logró reconciliar con la Iglesia á la rica Bolonia y atraer á sí á Rodolfo da Varano, capitán general de los florentinos; y también el prefecto de Vico, á quien obedecía Viterbo, abandonó la Liga de los florentinos, la cual amenazaba deshacerse. Pero en Florencia no se dejaron intimidar por esto, y, en vez de moderarse, llevaron las cosas hasta el último extremo. Las condiciones que propusieron al Papa eran para éste inaceptables (5); pues la República, no solamente se negaba á restituir los bienes eclesiásticos de que se había apoderado, y revocar los edictos contra la Inquisición, sino que exigía además, que todos los rebeldes contra la Iglesia quedaran impunes, permitiéndoles permanecer seis años en el *statu quo* y gozar de la libertad de

(1) Gaspary II, 78.

(2) Cf. *Mon. Ung.* III, 141 sq. y el escrito de Gregorio á la reina de Nápoles pidiéndole auxilio, fecha (1377) 12 Obre., Anagni, y el escrito dirigido á Pedro Raffini, en el Apéndice n.º 8, ambos en el manuscrito de la *Bibliot. Méjanes de Aquisgrán*.

(3) Gregorio XI á Rodolfo da Varano, 26 Julio 1377. *Bibliot. Méjanes de Aquisgrán*, y en otros lugares.

(4) Acerca del premio de los que se habían mostrado fieles, v. l'Épinois 354. Gherardi V, 2, 107. Fumi, Orvieto 561 ss. G. Ceconi, *Carte dipl. Osimane* (Ancona 1878) 28 s. En el *Liber croceus magnus bullar. et privilegior.* del *Archivo de Ancona*, hallé escritas s. III—V^b cuatro bulas de Gregorio XI del año 1377 con privilegios para dicha ciudad.

(5) Así juzga un investigador que por lo demás está enteramente de parte de los florentinos: Gregorovius VI^o, 467. La imposibilidad de conceder las exorbitantes pretensiones de los florentinos, la hace notar Gregorio XI en su escrito al cardenal Pedro d'Estaing, fecha (1377) Sept. 1, Anagni. Cod. 915 f. 260—261 de la *Bibliot. Méjanes de Aquisgrán*.

hacer alianzas con quien quisieran, aun en contra del Papa y de la Iglesia. Gregorio XI no podía reconocer en estas condiciones verdaderas proposiciones de paz, sino más bien una tentativa de robustecer la tiranía revolucionaria y preparar una nueva guerra (1). Con todo eso, tuvieron los florentinos el atrevimiento, en un escrito dirigido poco después á los romanos, de acusar reciamente al Papa porque, decían, sólo predica la paz con los labios (2).

No es, pues, maravilla que Gregorio XI, en vez de escuchar las blandas proposiciones de Santa Catalina de Sena, continuara enérgicamente la lucha contra sus inexorables adversarios, que por fin ni siquiera observaban ya el interdicto (3). Por todos los modos posibles procuró alcanzar que sus terriblemente duras resoluciones contra los florentinos, las cuales producían al comercio de éstos las más graves pérdidas, fueran publicadas donde hasta entonces aún no lo habían sido; como, por ejemplo, en Venecia y Bolonia (4); y si de los países donde el proceso contra los florentinos había sido denunciado, venían noticias de ejecutarse flojamente dichas resoluciones, no dejaba Gregorio XI de amonestar con severas palabras (5). El daño que por este camino sufrió la riqueza nacional de la República, es incalculable (6).

Al propio tiempo consumía el sostenimiento de la guerra sumas muy considerables; y esto y la creciente tiranía en los asuntos interiores de la República, así como la dificultad, á la larga intolerable, que producía el interdicto á la conciencia del pueblo todavía religioso (7), hicieron aumentar los deseos de la paz, puesta en contingencia por los manejos de los partidarios de la guerra. A esto se agregó, que también entre los aliados se comenzaron á advertir movimientos de disgusto (8); y así, cuando el obispo de Urbino, enviado del Papa, propuso á los florentinos como juez arbitral á su propio aliado Bernardo Visconti,

(1) Gregorio XI á Florencia, 15 de Julio de 1377. *Archivo nacional de Florencia* (Apéndice n. 6).

(2) C. Salutatus, Epist., ed. Rigacc. I, 141—143. Vitale 330—331.

(3) Cf. *Cronichette antiche* 212—213.

(4) Gregorio XI al Abad de S. Niccolò de Venecia, copiado en el Apéndice n.º 7 del manuscrito de Aquisgrán. Respecto de Bolonia cf. Muratori XVIII, 515.

(5) Gregorio XI á Pedro Raffini, 26 Dbre. de 1377. Apéndice n. 8.

(6) Stefani, *Istoria* 145. 163.

(7) Cf. supra pág. 153 de la Introducción.

(8) Gherardi l. c. V, 2, 106.

los adalides de los partidos florentinos no se atrevieron á negarse á tomar parte en el congreso de la paz, que debía reunirse en Sarzana. A principio del año 1378 presentóse Bernardo en Sarzana, donde se hallaron también presentes poco después los enviados de casi todas las potencias italianas. El Papa Gregorio XI había puesto al principio dificultades para enviar al congreso un cardenal; pero al fin, por amor de la paz, se resolvió á condescender también en esto (1), y así se presentó por encargo suyo, el cardenal de Lagrange, acompañado por los arzobispos de Pamplona y Narbona. A 12 de Marzo comenzaron las negociaciones, las cuales quedaron interrumpidas en seguida por la noticia del fallecimiento del Papa (2).

Hasta el 7 de Noviembre de 1377, no había regresado Gregorio XI de Anagni á Roma, donde fué recibido con alegría, pues los romanos se habían reconciliado entretanto con el gobierno pontificio, y llegaron hasta confiar ahora al Papa la conclusión de la paz con el prefecto de la ciudad Francisco de Vico (3). Poco antes de su muerte, pudo Gregorio XI dar á los romanos el testimonio de que las cosas de su ciudad casi nunca habían estado tan pacíficas como en el pasado invierno (4); pero la tranquilidad de Roma no era suficiente para engañar á Gregorio acerca de los peligros que amenazaban al Pontificado; pues, sabía demasiado bien, cuánto faltaba todavía para ordenar las cosas de Italia; y aun parece haber llegado á dudar que pudiera esto conseguirse en algún tiempo, y á pensar, por consiguiente, en dar la vuelta hacia Aviñón (5); ni tampoco pudo dejar de reconocer, no había procurado eficazmente la reforma de los asuntos eclesiásticos, que con tanta razón, y tan frecuente y ahincadamente, le había pedido Santa Catalina de Sena; así que, en derredor de su lecho de muerte, se

(1) Gregorio XI al obispo de Urbino, 21 de Enero de 1378. Cod. 915 de la *Biblioteca Méjanes de Aquisgrán*.

(2) Las turbulencias del tiempo de Urbano permitieron á los florentinos ajustar la paz con la Iglesia con mejores condiciones (28 Julio 1378). Cf. *Salutatus*, Epist. II, 179 sq. 199 sqq. Gherardi l. c. V, 2, 123 s.

(3) Cf. Despacho de Cristóbal de Piacenza de 15 Nov. 1377. *Archivo Gonzaga de Mantua* E. XXV, 3, fasc. 1. Cf. también Gregorovius VI³, 468, y la adición al t. 2 de esta obra.

(4) Gregorio XI al cardenal de Lagrange y al arzobispo de Narbona, 2 Marzo 1378. Apéndice n.º 9 tomado del manuscrito de Aquisgrán.

(5) Cf. Baluze I, 1221—1223; Muratori, *Script.* III, 2, 716.

cernían sombrías imágenes; y no parece sino que presintió el cisma que se avecinaba; pues á 19 de Marzo de 1378, dió aún disposiciones para asegurar una pronta y concorde elección de su sucesor (1). De salud siempre endeble, sucumbió la tarde del 27 de Marzo al mal de piedra que desde muchos años antes le había atormentado (2). Gregorio XI fué el último Papa que Francia ha dado á la Iglesia.

(1) Raynald 1378 n. 2; cf. Valois 358.

(2) Cf. Souchon 110, á quien no obstante se le ha pasado el Despacho del *Archivo Gonzaga de Mantua* por mí publicado en el Apéndice n.º 10 (Observación). El monumento sepulcral de Gregorio XI en Sta. Francesca Romana no fué erigido hasta 1584 por el Senado y el pueblo de Roma, en memoria de la restitución de la Sede Apostólica, y un relieve de P. Olivieri representa este suceso.

CAPÍTULO II

El cisma y las grandes agitaciones heréticas 1378-1406 (1409)

Por primera vez, desde hacía setenta y cinco años, pudo ahora volver á reunirse en Roma un conclave, del cual dependía decidir, si el predominio que con tanto daño de la Iglesia habían alcanzado los franceses en el gobierno de los negocios eclesiásticos (1) había de prolongarse aún en lo futuro; y eran de esperar violentas luchas, con tanto mayor seguridad, cuanto que no era pequeña la desunión que reinaba en el Colegio Cardenalicio.

De los diez y seis cardenales que se hallaban presentes en Roma, sólo cuatro eran de nacionalidad italiana: los romanos Francisco Tebaldeschi y Jacobo Orsini, el milanés Simón de Brossano y el florentino Pedro Corsini; y estos príncipes de la Iglesia deseaban, naturalmente, que, después de tanto tiempo, ascendiera de nuevo á la silla de San Pedro un Papa de su nación. Frente á esta minoría italiana, estaba la mayoría de doce cardenales extranjeros ó ultramontanos (once franceses y un español), los cuales se dividían, no obstante, en otros dos partidos. Los llamados cardenales lemosines, aspiraban á elegir un Papa lemosín, como los cuatro últimos papas habían sido oriundos de aquella región. De los otros seis cardenales, dos estaban indecisos, y los cuatro res-

(1) Con cuanta frecuencia se haya cumplido la profecía, que el poder de Francia sería para la Iglesia romana una aguda caña que punza la mano del que en ella se apoya (cf. Bulaeus IV, 576; cf. Hartwig I, 44 Anm.; Scheuffgen 51, Anm. 2), se ha mostrado bien por la narración anterior.